

GUARISMO DEL UNO

ARLETTE GENEVE

Minuto uno

Vivo inmersa en la locura de la treintena, soy una imperfecta ama de casa con complejos, dudas, y madre de tres niños absolutamente egoístas. Me ensordece, me descorazona las peleas diarias. Los gritos perpetuos, las quejas continuas que arrancan de mis manos las pieles de la paciencia. La locura peregrina por mi cerebro como un cruzado por tierra santa, con la espada del agotamiento físico e intelectual que marca los corazones, con una peste de ignorancia que demuele los sentimientos más nobles. Y, qué rápido pasa el tiempo. Veloz, anárquico. Apenas sostengo el cuchillo de pelar patatas cuando ha pasado una hora y otra. Un día y otro más, debo hacerlo todo más deprisa, más fuerte, más lejos pero, olvido el reloj traidor que se queda dormido entre las sábanas revueltas de insatisfacción cuando me levanto, burlándose de mi incapacidad para reaccionar ante la agresión de un día monótono que comienza. Penoso castigo que arrastra al mortal en una cadena donde el tiempo es corto de vida. Y, así, entre un momento agónico y otro muerto y enterrado, puedo escribir unas líneas para decir “basta”. ¿Qué no veis que me muero, intentado atrapar un respiro antes, de seguir mi camino serpenteante hacia el precipicio de la incomprensión? Pero, soy una incauta mortal que pasea su extrañeza por una playa untada de chapapote egocéntrico. Irreal, donde la libertad, junto a las gaviotas, vuelan en derredor de peces putrefactos, olvidados en redes de codicia y donde la paciencia se escurre por los cascos de un buque a la deriva. Los minutos, como espadas afiladas, penetran en mi carne ungiendo de astenia mi cuerpo, y proclamándome reina de los impíos olvidados en versículos de papel Biblia, que ninguno quiere recordar y, así, mis ideas anárquicas se suceden para que mi mente estalle en una mezcla corrosiva de falta de conciencia.

En ocasiones odio el género que venero...

Día uno

Me acuna la amargura en una constante incertidumbre. Que el sexo femenino está hecho un lío, es la broma masculina por excelencia, lo mismo que el sentimiento enmarañado de la lujuria prescrita en receta, que se olvida en el fondo del bolso junto con la dignidad.

No encuentro consuelo, mi vida es una carrera de obstáculos ponzoñosos. Los primeros consigo saltarlos con cierta soltura pero, a medida que las fuerzas comienzan a fallar, mis pies, enemigos de toda precaución, empiezan a bailar al son de una música desconocida, sin ritmo, sin control. Parece que las vallas se alían con la cuesta abajo del mes de junio, el mes terrorífico por excelencia para las madres que tenemos hijos en edad escolar, y que vemos como el euro se alía con el diablo en una vendetta siniestra y desmerecida.

Todo a mi alrededor se confabula para hacerme la vida agotadora, cuando creo que tengo todo bajo control, que al fin la armonía reina en mi ser intrínseco, la persona ajena que duerme en el otro lado de mi cama, lo desboca con su mal humor, su fatiga crónica, o su depresión visceral. Si el infierno existe, me lo he ganado con creces pero, no, desgraciadamente no existe el diablo, a menos que venga dorado por el sol, con una rosa en la mano, un capuchino en la otra y cuatro donuts en su miembro palpitante y obscenamente erguido. Menudo invento el de la vergüenza, ideado única y exclusivamente para dominar a las mujeres, incautas y vírgenes de astucia. La maldad es el presidente en la única empresa ciega donde, todos los hombres, son socios honorarios.

No entiendo nada, no justifica nada pero, si me fuese mejor...

Semana uno

Miro las palabras tejidas que revelan lo absurdo de mis pensamientos ¿para qué escribo expresiones vacías si dentro de diez años me importará un bledo? Sí, sé que estoy de un borde tan verde, que no debería manchar con mis notas, una blanca hoja virgen pero, qué diantre, todos los días no pierde una un marido, por una dependienta del supermercado Eroski.

¡Me ha dejado muerta! Matá..., y vacilo entre la autocompasión y la histeria sin decidirme en qué estado quiero sumergirme. Lo que más me duele, lo que más pesa, es que tiene las tetas más bonitas que yo, el culo más prieto y la cara más dura. Aunque el consuelo ante la mayoría que, ya abandonaron sus maridos, no me sirve de consuelo ni me calma la acidez que se ha instalado en mi boca para recordarme, lo fútil de mi existencia. No puedo competir con una yogurina de veintidós años, ¿dónde tiro los quince que me sobran? ¡Hombres crueles y pérfidos! Por qué tenemos que aguantar durante años sus inseguridades, sus vacilaciones? ¿Por qué les sobra esa neurona loca y defectuosa en la que se amparan para justificar una actitud recalcitrante, machista...? ¡me duele!

¡Quiero vengarme! Pero, el ánimo se queda barriendo la calle de las recriminaciones, burlándose de mi incapacidad de controlar el rencor que burbujea en mis entrañas desquiciadas. Ellos, deberían tener más control sobre sus decisiones, sus actos, su pene. Triste instrumento diabólico que nos hunde en la sumisión, sin que la historia entienda el por qué y, no me quejo por ello, no sirve de nada.

Me ha hecho un favor, contradictoria afirmación cuando el corazón sangra tras la revelación incandescente, real, de una sonrisa que ya no me prodigará a mí, sino a una muchacha con el pelo tintado de ilusiones y las manos frías de avaricia. Doce años vacíos de matrimonio aburrido. El marido, casi ausente en mi vida emocional, se ha

decidido a dar el paso de romper el hilo inseguro que nos unía en una loca rueda pero,
¿cómo comienzo? ¿A qué me aferro? ¿Dónde grito mi histeria reprimida y doliente?

Hoy, estoy más muerta que viva...

Mes uno

Me siento violada, han hurgado en lo más hondo de mi vientre insatisfecho, y me he quedado aún más vacía y sola.

Siempre los hombres más grandes y brutos, optan por la ginecología, y no entiendo la razón y el mérito que enarbolan orgullosos ante sus camaradas por las féminas, que indolentes, sufren el calvario del reconocimiento superficial de exploración dolorosa y humillante.

Por un momento, por un instante, desearía tener el poder de introducir mis dedos gordos como morcillas en lo más recóndito de su interior, y así hacerles comprender el gran control que ejercen sobre el sexo débil, lloroso, y la forma perniciosa de llevarnos al extremo de la ofensa fehaciente: la que nos hacen objeto con su indiferencia a nuestras necesidades.

Odio sentirme rebajada, odio sentirme por un momento inerte en una camilla de aprensión, de dudas humanas y reales. Odiar me hace ser inferior, odiar me lleva a la línea que separa la mujer de la Maruja ¡basta! Debo reconducir mis pensamientos y organizarlos para que no me hieran con sus vacilaciones pragmáticas y falsas.

Pero, hoy, ya no estoy muerta, me siento usada, pero sin el disfrute que da el asentimiento personal.

Año uno

¡Estoy enamorada! Bailo en las emociones juveniles que creía olvidadas y llenas de polvo para siempre. Mi estómago ruge impaciente, y las alas de mariposa me siguen acariciando el cielo de la boca ante la espera de verlo otra vez.

Tan impaciente, tan lujurioso, tan lleno de vida que me desconcierta. La duda, la sospecha, el temor, la indecisión, la desconfianza me ciegan, me anulan y sólo atino a alzar mis hombros en inquieto interrogante de, ¡qué me importa!

Me da vergüenza mirarlo, sonreírle, dejar que acaricie mis pechos caídos de desidia amorosa. La mujer que hay en mí, necesita el aliento que me inspira el olor de su pelo, su barba sin rasurar, los labios finos y ardientes a mis demandas.

Tiene veinticinco años de magnífica potencia, y me hace sentir como una asalta cunas pero, qué bonito cuando pasea su culo desnudo ante mis requerimientos lascivos maduros y tormentosos. Atrás se quedan las baldosas húmedas de sudor frío y beato. Nada puede evitar que lo mire cuando duerme en el lado caliente que dejó mi marido sin remordimiento. Sopla mis años rancios y píos que me han acompañado en el largo camino pedregoso e hiriente, a los deseos más elementales.

Maneja la llave de grifa, con absoluta maestría, en clara muestra de cómo maneja mis ansias escondidas en un arcón de miedos y complejos, ya secos. La vida ha recommenzado para mí, como las golondrinas que regresan cuando el invierno deshiela las hojas verdes de la esperanza, como un campo sembrado de ilusiones y planes.

Hoy, me siento renacida, resurgida en la más completa certidumbre de que, todos los penes, no son defectuosos.

Siglo cero

Me muerde el frío negro, hunde sus garras en mi corazón, y siento la desdicha germinar en mi vida sin que a Dios le importe un bledo. Camino entre espinas venenosas que me arañan las piernas con crueldad intencionada, y no consigo desprenderme de la amargura que se ensaña a mordiscos con mí yugular expuesta.

Ya no me muero, he perdido el camino de los abandonados, me arrastran de los pelos a un callejón tan frío y negro, como el corazón del mundo, y aunque rabio y pataleo nada conmueve a mis carceleros, valientes demonios de mi vigilia impuesta a trompicones.

Ya no odio, ya no siento, vivo en el filo de la locura sin atreverme a mirarla siquiera.

Me siento vacía. Estéril, llena de ponzoña cadavérica que me mece, como una pérfida madre borracha de hastío. Le amo. Le deseo y no me atrevo a levantar mis ojos secos a

las invitaciones que no me prodiga. Está ausente, lejano, aunque su sonrisa me cala en los huesos, descalcificados a voluntad. Debía de ser mala en el sentido más intrínseco

de la palabra. Una puta porfiada que no teme presentarse ante el Diablo con un abanico

en la mano, y una sonrisa contumaz en la boca. Ni aunque me vendiesen como perra en celo a una jauría de lobos que despedazan, que clavan sus afilados y cortantes colmillos

en la tierna carne de la inmadurez pero, manchada con un estigma difícil de sobrellevar, el gen que decidió dentro del útero de nuestra madre el sexo que portaríamos en vida.

Me rebelo, pero el carcelero de la mañana sigue velando que este cuerpo desabrido, muera con la sangre ausente de color y, lo ha conseguido. Las venas de mi inteligencia

se han extinguido para siempre. Hoy, mi corazón dejó de bailar con latidos para sumirse en la profundidad negra del suicidio. Estoy condenada eternamente pero, un pecado

femenino más, qué importa.